

SCHEHERAZADE

Cuando un Reino Comenzó a Soñar





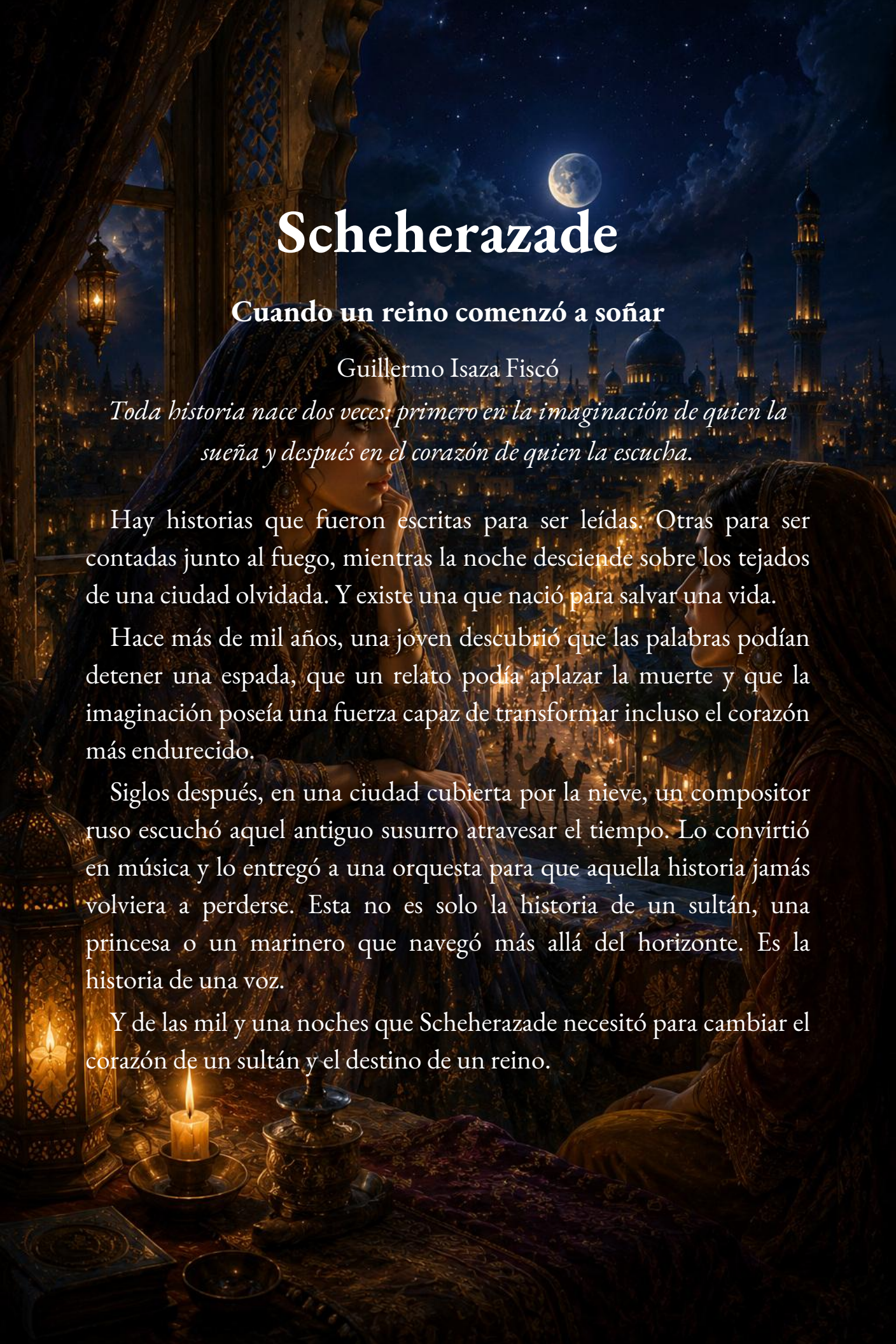
Si este universo
te acompaña,
puedes impulsarlo
con un aporte sencillo

Haz clic aquí para apoyar este proyecto >

Tu aporte ayuda a que nuevos cuentos,
relatos y audiocuentos sigan creciendo.





A woman in a blue veil and ornate dress is seated in a room with a large window. She is looking out at a city at night, illuminated by a full moon and city lights. The scene is romantic and atmospheric, with a lantern and a candle in the foreground.

Scheherazade

Cuando un reino comenzó a soñar

Guillermo Isaza Fiscó

Toda historia nace dos veces: primero en la imaginación de quien la sueña y después en el corazón de quien la escucha.

Hay historias que fueron escritas para ser leídas. Otras para ser contadas junto al fuego, mientras la noche descende sobre los tejados de una ciudad olvidada. Y existe una que nació para salvar una vida.

Hace más de mil años, una joven descubrió que las palabras podían detener una espada, que un relato podía aplazar la muerte y que la imaginación poseía una fuerza capaz de transformar incluso el corazón más endurecido.

Siglos después, en una ciudad cubierta por la nieve, un compositor ruso escuchó aquel antiguo susurro atravesar el tiempo. Lo convirtió en música y lo entregó a una orquesta para que aquella historia jamás volviera a perderse. Esta no es solo la historia de un sultán, una princesa o un marinero que navegó más allá del horizonte. Es la historia de una voz.

Y de las mil y una noches que Scheherazade necesitó para cambiar el corazón de un sultán y el destino de un reino.

Prólogo

El último atardecer antes de morir

Scheherazade permanecía junto a la ventana abierta de un palacio. La noche se extendía sobre la ciudad como un inmenso manto azul sembrado de lámparas. Desde las calles ascendían los últimos sonidos del mercado: el tintinear lejano de unas monedas, el paso lento de los camellos y el murmullo de las fuentes que seguían cantando aun cuando casi todos dormían. Más allá de las murallas, el desierto parecía un mar inmóvil bajo la luna.

Al amanecer sería ejecutada. Lo sabía. Las otras también lo habían sabido. Cerró los ojos y pensó en los nombres de aquellas mujeres que ya nadie recordaba, en las puertas que nunca volverían a cruzar y en las historias que jamás llegarían a contar. La puerta se abrió suavemente. Su hermana entró en silencio y durante unos segundos ninguna de las dos habló.

—¿Tienes miedo? —preguntó al fin.

Scheherazade sonrió con tristeza.

—Sería una necia si no lo tuviera.

—Entonces huye.

—No puedo.

—Todavía hay tiempo.

—No.

—¿Por qué?

Scheherazade volvió la mirada hacia las luces de la ciudad.

—Porque si huyo, mañana morirá otra.

Su hermana bajó la cabeza.

—Y si te quedas, morirás tú.

—Tal vez.

—No existe ningún cuento capaz de cambiar el corazón de un hombre así.

Scheherazade permaneció pensativa unos instantes.

—Quizá no exista uno.

—Entonces estás perdida.

—Pero existen cientos.

—¿Cientos?

—Miles.

La hermana la observó sin comprender.

—¿Y qué harás?

—Lo único que sé hacer.

—¿Contar historias?

—Sí.

—¿Crees que bastará?

Scheherazade guardó silencio. En algún lugar de la ciudad un músico tocaba una melodía tan lejana que apenas parecía real. Eran unas pocas notas suspendidas en el aire, como el recuerdo de algo que aún no había sucedido.

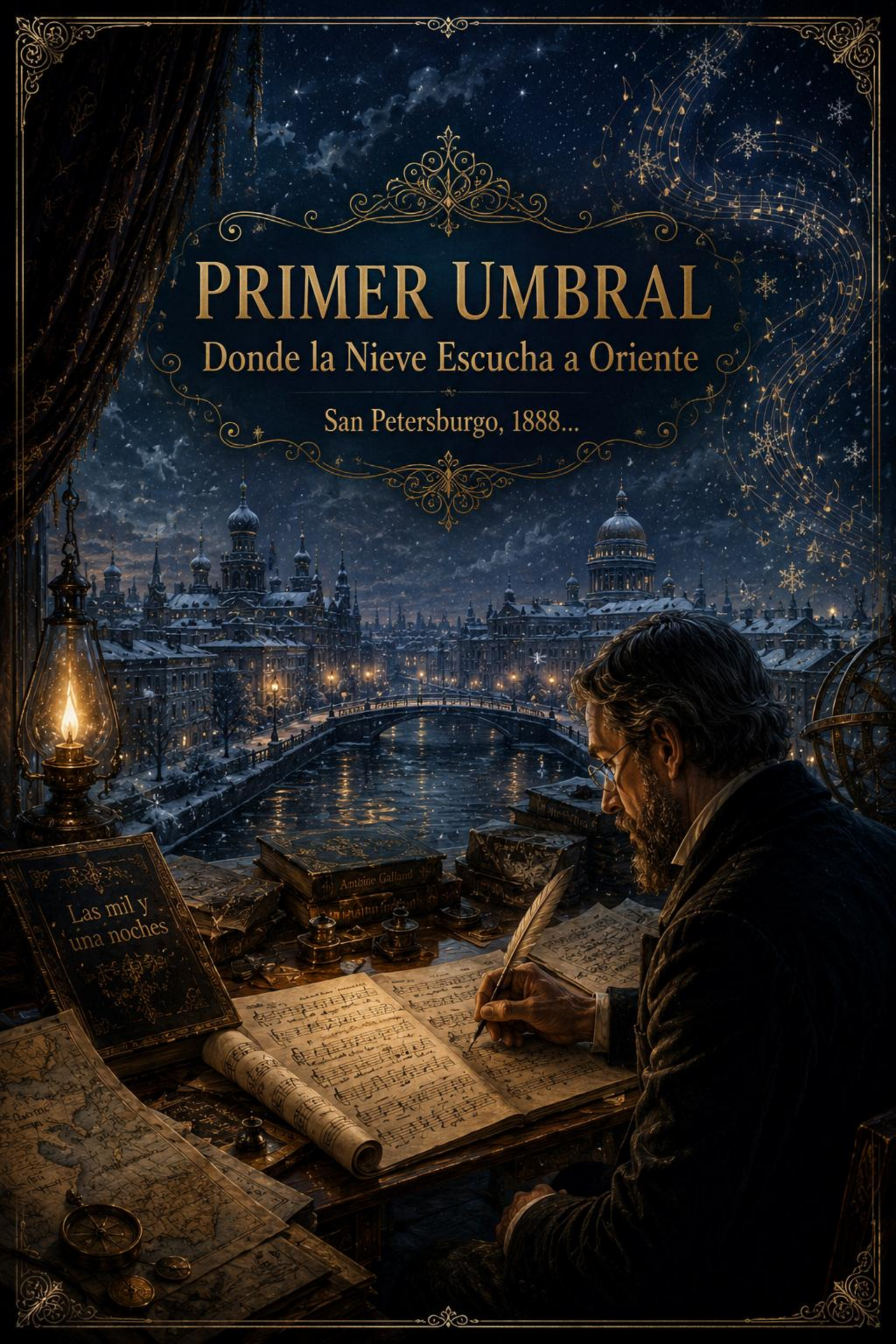
—No lo sé —respondió tras unos segundos de silencio—. Mientras un hombre escuche una historia, todavía no podrá pensar en matar.

Las dos permanecieron calladas. Abajo, la ciudad seguía respirando. Ninguna de ellas podía imaginar que aquella conversación cruzaría siglos, mares y continentes; ni que una noche, mucho tiempo después, en una ciudad cubierta por la nieve, un compositor escucharía el eco de aquella voz y la convertiría en música, para que jamás volviera a morir.

PRIMER UMBRAL

Donde la Nieve Escucha a Oriente

San Petersburgo, 1888...



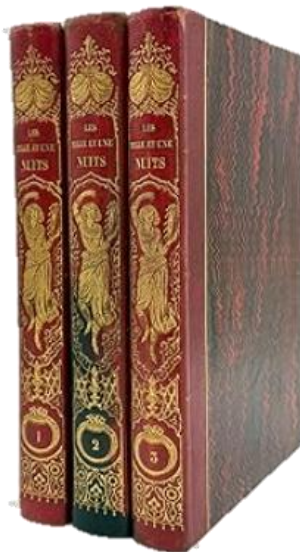
Primer umbral

Donde la nieve escucha a Oriente

El viento golpeó los cristales con una ráfaga cargada de nieve. Nikolái Rimski-Kórsakov levantó la vista del escritorio y observó durante unos segundos el canal congelado que se extendía frente a su ventana. Los tejados estaban cubiertos de blanco y la ciudad parecía dormida bajo el peso del invierno. Sobre la mesa reposaban varios libros abiertos.

Mapas del Mediterráneo oriental. Cuadernos cubiertos de anotaciones. Páginas llenas de pentagramas donde aparecían melodías incompletas y motivos apenas esbozados. Junto a ellos descansaba una gastada edición francesa de *Las mil y una noches*, heredera de la célebre traducción de Antoine Galland que había llevado los cuentos de Scheherazade desde Oriente hasta las bibliotecas de Europa.

Entre los mapas marítimos, las partituras y los cuadernos de trabajo reposaban tres volúmenes encuadernados en cuero rojo.



El oro de sus lomos reflejaba la luz temblorosa de la lámpara. Sobre ellos podía leerse: *Les Mille et Une Nuits*. Nikolái apoyó lentamente la mano sobre el primer tomo. No parecía un libro. Parecía una puerta. Había también un volumen de relatos de viajes por Persia y Arabia.

Un atlas marítimo con rutas que atravesaban el océano Índico. Un tratado de astronomía oriental ilustrado con constelaciones desconocidas para la mayoría de los europeos. Y un viejo libro de leyendas donde convivían califas, mercaderes, marineros, genios y ciudades que parecían existir a medio camino entre la historia y el sueño.

Nikolái pasaba de uno a otro como quien recorre distintos puertos durante un mismo viaje. A veces consultaba un mapa. A veces una leyenda. A veces una simple palabra bastaba para desencadenar una melodía. Porque la obra que buscaba escribir no trataba únicamente sobre Oriente. Trataba sobre la imaginación. Y ningún mapa había logrado jamás contenerla. La lámpara de aceite comenzaba a extinguirse.

El compositor se frotó los ojos. Llevaba horas trabajando. Tal vez días. A veces ya no estaba seguro. Las historias se habían instalado en su mente de una manera extraña. Simbad aparecía cuando cerraba los ojos. El príncipe Kalánder caminaba por sus sueños. Bagdad surgía entre la nieve de San Petersburgo. Y la voz de Scheherazade parecía acompañarlo incluso cuando no estaba leyendo.

Se levantó. Añadió leña al fuego. Volvió al escritorio. Entonces la vio. Una hoja de papel. Sola. En el centro de la mesa. No recordaba haberla dejado allí. La tomó. Estaba escrita con una caligrafía elegante y desconocida. Solo contenía una frase. "Las historias no buscan ser contadas. Buscan sobrevivir al olvido." Nikolái frunció el ceño. Giró la hoja. No había firma. Ni fecha. Ni explicación.

—¿Quién ha escrito esto?

La habitación permaneció en silencio. Solo respondió el viento. El compositor sonrió.

—Estoy demasiado cansado.

Dejó el papel a un lado. Intentó continuar trabajando. Pero algo llamó su atención. El violín. Descansaba sobre una silla cercana. Nadie lo había tocado. Y sin embargo... Una cuerda vibró suavemente. Una sola nota. Breve. Lejana. Hermosa. Nikolái se quedó inmóvil. El sonido desapareció tan rápido como había llegado. Entonces escuchó una voz. No una voz real. Más bien un recuerdo.

Un pensamiento. Un susurro.

—Todavía no me escuchas.

El compositor volvió la cabeza. No había nadie. La habitación estaba vacía. Las sombras permanecían inmóviles. La nieve seguía cayendo.

—¿Quién está ahí?

Ninguna respuesta. Y, sin embargo, tuvo la extraña sensación de no encontrarse solo. Como si alguien hubiera permanecido durante horas observando por encima de su hombro. Como si una presencia paciente aguardara el momento adecuado. Volvió a sentarse. Abrió el cuaderno. Tomó la pluma. Y escribió sin pensar. Primero una nota. Después otra. Luego una tercera. La melodía apareció lentamente.

Delicada. Sinuosa. Como una voz contando un secreto. Como una mujer hablando desde el otro extremo de los siglos. Nikolái se detuvo. Leyó lo que acababa de escribir. Y sonrió.

—Ya te encontré.

La lámpara parpadeó. Durante un instante creyó distinguir una figura junto a la ventana. Una mujer. Una silueta apenas visible. Inmóvil. Observándolo. Pero cuando volvió a mirar ya no había nadie. Solo la nieve. Solo la noche. Solo la música. Y en algún lugar, muy lejos de Rusia y muy lejos del tiempo, una narradora sonreía...

*
**

La puerta se abrió.

—Otra vez con esos libros —dijo una voz.

Nikolái sonrió sin levantar la vista.

—Otra vez.

Su esposa se acercó al escritorio y observó los dibujos de palacios, desiertos y barcos trazados en los márgenes de las hojas.

—Llevas semanas viajando a Oriente sin salir de esta habitación.

—Es más barato que comprar un camello.

Ella soltó una pequeña risa.

—¿Y ya encontraste lo que estás buscando?

El compositor permaneció pensativo.

—Todavía no.

—¿Qué es exactamente?

Nikolái apoyó el dedo sobre una página.

—Una voz.

—¿Una voz?

—La de una mujer.

—Hay millones de mujeres.

—No como esta.

Su esposa observó la ilustración.

—Scheherazade.

—Sí.

—¿Qué tiene de especial?

Nikolái cerró lentamente el libro.

—Consiguió derrotar a un rey sin levantar una espada.

—Eso hacen muchas esposas.

—No. Ella lo hizo narrando historias.

Su esposa sonrió.

—Ahora entiendo por qué te obsesiona.

El compositor volvió a mirar el manuscrito.

—Piensa en ello. Cada noche sabe que va a morir. Cada amanecer podría ser el último. Sin embargo, no lucha. No huye. No conspira.

—Solo narra.

—Solo cuenta historias.

Durante unos segundos ninguno dijo nada. La nieve continuó cayendo tras la ventana.

—¿Y cómo piensas convertir eso en música? —preguntó ella.

Nikolái permaneció en silencio. Esa era precisamente la pregunta. No cómo describir un barco. Ni un desierto. Ni un sultán. Sino cómo describir una voz capaz de detener la muerte. La puerta volvió a abrirse. Esta vez era uno de sus alumnos.

—Maestro, los músicos ya están llegando.

—Voy enseguida.

El joven observó los libros orientales.

—¿Está trabajando en una nueva ópera?

—No.

—¿Un ballet?

—Tampoco.

—Entonces, ¿qué es?

Nikolái apoyó la mano sobre el cuaderno de notas.

—Todavía no lo sé.

—¿Y de qué trata?

El compositor miró una vez más la ilustración de Scheherazade.

—De una mujer que descubrió que las historias pueden cambiar el destino de los hombres.

El alumno frunció el ceño.

—Eso parece más literatura que música.

En ese momento apareció otro músico que había llegado para el ensayo.

—Tiene razón. ¿Por qué escribir música sobre cuentos árabes? Rusia está llena de historias propias.

Nikolái se recostó en la silla.

—Porque las historias sobreviven a los imperios.

—Los imperios también dejan huella.

—Sí.

—Entonces, ¿qué diferencia hay?

El compositor señaló el libro.

—Que un imperio termina cuando cae su último rey.

Luego señaló el corazón.

—Una historia muere cuando deja de ser contada.

Los presentes guardaron silencio. Desde la calle llegó el sonido distante de un violinista que caminaba entre la nieve. Una melodía que sonaba breve, ligera.

Casi como un susurro. Nikolái volvió la cabeza y escuchó, esperó y de pronto sonrió. Tomó la pluma trazando unas notas sobre el pentagrama.

—¿Qué ocurre? —preguntó su alumno.

El compositor continuó escribiendo.

—Creo que acabo de encontrarla.

—¿A quién?

Nikolái levantó la vista.

—A Scheherazade.





SEGUNDO UMBRAL

Donde una Voz Desafía a la Espada

Segundo umbral

Donde una voz desafía a la espada

Mucho antes de que los reyes y las masas pronunciaran su nombre con admiración. Mucho antes de que los poetas la convirtieran en leyenda. Mucho antes de que una orquesta hiciera resonar su voz a través de los siglos. Scheherazade había sido simplemente una niña.

La ciudad donde nació despertaba cada mañana con el llamado de los comerciantes y el aroma de las especias. El sol aparecía lentamente sobre las cúpulas doradas, iluminando los minaretes, los patios interiores y las estrechas calles donde comenzaba el incesante desfile de la vida.

Los vendedores abrían sus puestos. Los panaderos retiraban las primeras hogazas de los hornos. Los aguadores recorrían las plazas. Los artesanos levantaban las persianas de madera de sus talleres. Y los niños corrían detrás de las palomas como si el mundo entero les perteneciera. Scheherazade observaba todo con una curiosidad inagotable.

—¿Por qué siempre preguntas tanto? —le decía su hermana mientras caminaban por el mercado.

—Porque todo tiene una historia.

—No todo.

—Sí, todo.

—¿También ese burro?

—También.

—¿Y esa piedra?

—También.

—¿Y aquel vendedor de dátiles?

—Más que nadie.

Su hermana soltó una carcajada.

—Algún día vas a volver loco a nuestro padre.

—No creo.

—¿Por qué?

—Porque él es peor que yo.

Las dos continuaron avanzando entre los puestos. El aire estaba lleno de perfumes. Canela, azafrán, incienso, miel y cardamomo. Desde un rincón llegaba la música de una flauta. Más adelante sonaba un tambor. Y cerca de una fuente, un anciano tocaba un instrumento de cuerdas mientras varios viajeros descansaban bajo la sombra.

La niña se detenía ante cada sonido, ante cada conversación y ante cada rostro. Como si intentara reunir los fragmentos invisibles del mundo. Aquella tarde acompañó a su padre hasta la gran biblioteca. Era un hombre respetado por sabios, comerciantes y gobernantes. Algunos lo llamaban visir. Otros simplemente acudían a él cuando necesitaban consejo.

La biblioteca ocupaba un amplio patio rodeado de galerías. Allí convivían mapas, tratados de astronomía, poesía, filosofía y relatos llegados desde lugares tan remotos que parecían inventados. Scheherazade amaba aquel lugar.

—¿Puedo entrar?

—Ya has entrado tres veces hoy.

—Pero ahora quiero entrar una cuarta.

—¿Y qué buscas?

—Una historia.

Su padre sonrió.

—Entonces busca una que aún no conozcas.

—¿Existen tantas?

—Más de las que un ser humano podría escuchar en una vida.

—¿Y quién las recuerda todas?

—Nadie.

—Entonces se pierden.

—Algunas sí.

La niña pareció entristecerse.

—Es injusto.

—Por eso existen los narradores.

—¿Para salvarlas?

—Para que sigan viviendo.

La respuesta quedó flotando en su memoria. Aquella misma tarde encontró al hombre que cambiaría para siempre su manera de mirar el mundo. Estaba sentado junto a una fuente, bajo una higuera antigua. Era un anciano de barba blanca y ojos brillantes. Lo rodeaban viajeros, mercaderes y niños. Todos escuchaban. Nadie interrumpía. Scheherazade se sentó en el suelo.

El anciano terminaba una historia sobre una isla donde los pájaros hablaban el lenguaje de los hombres. Cuando concluyó, algunos se marcharon. Otros permanecieron allí. La niña levantó la mano.

—¿Era verdad?

El anciano sonrió.

—¿Qué cosa?

—La isla.

—¿Importa?

—Claro que importa.

—¿Por qué?

—Porque quiero saber si existe.

El anciano soltó una risa suave.

—Las personas siempre preguntan si una historia es cierta.

—¿Y no lo es?

—Algunas sí.

—¿Y las otras?

—Las otras también.

Scheherazade frunció el ceño.

—Eso no tiene sentido.

—Lo tendrá cuando seas mayor.

La niña permaneció pensativa.

—¿Para qué sirven los cuentos?

—Las personas creen que sirven para pasar el tiempo.

—¿Y no es así?

—No.

—Entonces, ¿para qué sirven?

El anciano observó la superficie del agua. Durante unos instantes pareció buscar una respuesta muy antigua, pero solo dijo:

—Sirven para recordar.

—¿Recordar qué?

—Quiénes somos.

—¿Solo eso?

—Y para viajar sin mover los pies.

—¿Y nada más?

—También para consolar a los tristes.

—¿Y nada más?

—Para dar valor a los cobardes.

La niña sonrió.

—¿Y nada más?

El anciano la miró fijamente.

—Y para detener la muerte.

Scheherazade parpadeó.

—Eso es imposible.

—¿Lo crees?

—Nadie puede detener la muerte.

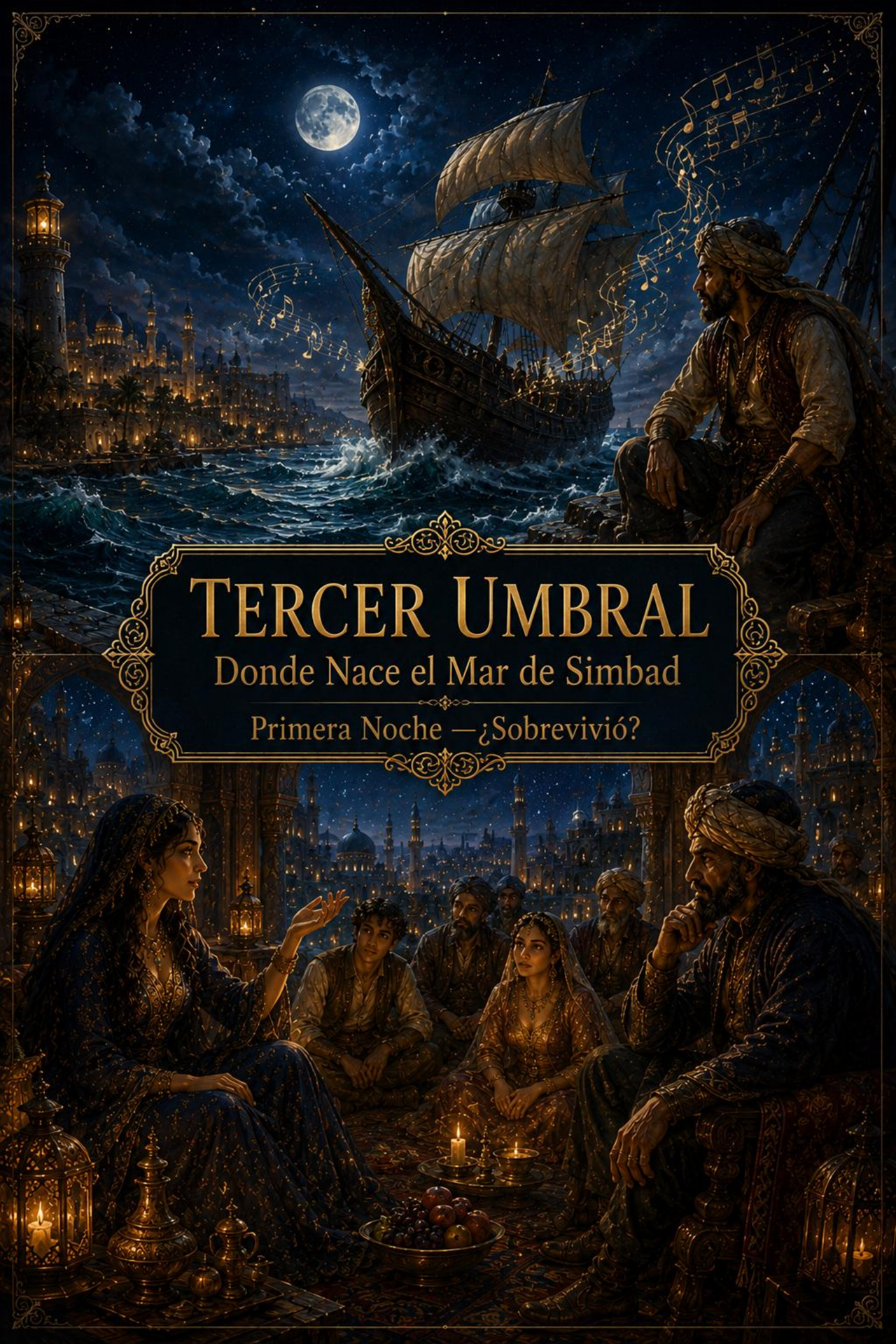
—No para siempre.

—Entonces no cuenta.

—A veces basta con una noche.

La niña no comprendió. Miró a su alrededor a los viajeros, los mercaderes, los niños, la fuente, las palomas y todo parecía exactamente igual. Sin embargo, aquella respuesta permaneció con ella. Años después, cuando una espada aguardaba el amanecer y un reino entero contenía la respiración, recordaría aquellas palabras. Y entonces comprendería que el anciano nunca hablaba de los muertos. Hablaba de los vivos.

Porque hay noches en las que una historia puede convertirse en refugio. Y otras en las que puede convertirse en salvación.



TERCER UMBRAL

Donde Nace el Mar de Simbad

Primera Noche — ¿Sobrevivió?

Tercer umbral

Donde nace el mar de Simbad

El gran salón permanecía en silencio. Las antorchas proyectaban sombras inquietas sobre las columnas de mármol. Más allá de los ventanales, la noche envolvía los jardines del palacio y las fuentes continuaban cantando para nadie. El sultán Shahriar observaba a la joven sentada frente a él.



La espada del verdugo descansaba cerca del trono. Siempre visible. Como un recordatorio. Como una promesa. Como la única ley que aún se respetaba. Los cortesanos evitaban mirarlo directamente. Los guardias permanecían inmóviles. Incluso el aire parecía avanzar con cautela cuando él estaba presente. Hubo un tiempo en que aquello había sido diferente.

Hubo un tiempo en que el palacio había conocido la risa. La música. Las celebraciones. Pero eso había ocurrido antes de la traición. Antes de que la mujer a quien amaba le enseñara que el corazón podía convertirse en un arma. Desde entonces, Shahriar había dejado de confiar en los hombres. Y mucho más en las mujeres.

Cada amanecer traía una nueva ejecución. Cada noche una nueva esposa. Cada día una nueva razón para justificar una herida que jamás había terminado de cerrar. Algunos lo llamaban justo. Otros lo llamaban monstruo. La mayoría simplemente le tenía miedo. Y quizá lo más terrible era que él mismo ya no sabía cuál de aquellos nombres lo identificaba y era el verdadero. Observó a Scheherazade.





Era distinta a las demás. No lloraba. No suplicaba. No intentaba escapar. Aquello lo inquietaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Dicen que sabes contar historias —dijo finalmente.

La joven sostuvo su mirada. Por un instante pareció que ninguno de los dos se encontraba en aquel salón. Como si cada uno estuviera contemplando una herida que el otro aún no podía ver.

—Eso dicen —respondió ella.

El sultán entrelazó lentamente los dedos sobre el trono.

—Entonces veamos si una historia puede hacer lo que ni los ejércitos ni los sabios han conseguido.

—¿Y qué es eso, mi señor?

Por primera vez apareció una sombra de cansancio en los ojos del rey. Una sombra tan breve que casi pasó desapercibida.

—Devolverme aquello que perdí.

Nadie olvidaba lo que ocurriría al amanecer. Scheherazade tampoco.

—¿Y qué dices tú?

Ella sostuvo su mirada.

—Que la noche es demasiado larga para pasarla en silencio.

Una leve sonrisa apareció en el rostro del rey. Tal vez la primera en mucho tiempo.

—Habla entonces.

—¿Qué desea escuchar mi señor?

—Sorpréndeme.

Scheherazade inclinó la cabeza.

—Entonces le hablaré de un hombre que amaba el mar más que a su propia vida.

—Los marineros suelen morir jóvenes y precisamente por eso sus historias son tan largas.

Algunos guardias intercambiaron una mirada. El rey apoyó un brazo sobre el trono.

—Continúa.

Scheherazade respiró profundamente y comenzó.

—Hace muchos años, cuando Bagdad era el corazón del mundo, vivía un joven mercader llamado Simbad.

El salón desapareció. Las paredes. Las antorchas. Los guardias. Todo se desvaneció en una bruma difusa pero antes de aparecer el mar resurgió de entre la bruma una ciudad. Bagdad. La Ciudad de la Paz. La Ciudad de las Mil Historias. El lugar donde los comerciantes discutían más que los filósofos y donde los filósofos discutían más que los comerciantes.

Las calles ya estaban despiertas mucho antes de que el sol alcanzara las cúpulas doradas.

—¡Dátiles de Basora! —pregonaba un vendedor.

—¡Miente! ¡Los míos son mejores!

—¡Tus dátiles son tan viejos que recuerdan el día en que se construyeron estas murallas!

—¡Y aun así son más jóvenes que tus precios!

Las carcajadas recorrieron el mercado. A pocos pasos un cocinero removía una enorme olla.

—¿Qué prepara?

—La mejor sopa de Oriente.

—¿Qué lleva?

—Eso depende de cuánto pague.

—¿Y si pago poco?

—Entonces lleva menos ingredientes.

—¿Y si no pago nada?

—Entonces llévala en tu imaginación.

Más adelante dos poetas habían reunido una multitud.

—¡Escuchad! —gritó el primero—. Ningún hombre ha amado tanto como yo.

—Eso solo demuestra que has conocido pocas mujeres —respondió el segundo.

La gente volvió a reír. Un anciano golpeó el suelo con su bastón.

—¡Versos! ¡Queremos versos!

El primer poeta levantó la mano.

—La luna escucha todos los secretos del mundo.

El segundo respondió inmediatamente:

—Por eso jamás responde. Si hablara, nadie volvería a dormir tranquilo.

La multitud estalló en aplausos. Simbad avanzaba entre ellos. Aquella era su ciudad. La conocía como se conoce una canción. Los vendedores. Los ladrones. Los astrónomos. Los mendigos. Los soñadores. Todos parecían formar parte de la misma historia. Un niño pasó corriendo. Luego otro. Y otro más. Perseguían a un extranjero.

—¡Deténganlo!

—¿Qué hizo?

—Nada.

—Entonces, ¿por qué lo persiguen?

—Queremos averiguar si es un mago, un poeta o un ladrón.

—¿Y si no es ninguna de las tres cosas?

—Entonces seguiremos investigando...

**

Y de pronto el mar apareció. Azul. Inmenso. Infinito. Las velas de una nave se inflaban bajo el viento. Las gaviotas giraban sobre el puerto. Marineros cargaban barriles. Mercaderes discutían precios y un joven observaba el horizonte.

—¿Es la primera vez que navegas? —preguntó un anciano capitán.

—La primera tan lejos.

—Entonces aún amas el mar.

—¿Y usted ya no?

El viejo soltó una carcajada.

—Muchacho, uno deja de amar el mar el día que aprende a conocerlo y eso aún a mí no me pasa.

—¿Es tan peligroso?

—Peor.

—¿Entonces por qué sigue navegando?

—Porque una vez escuché lo que existe más allá del horizonte.

Simbad sonrió.

—¿Y qué existe?

—Eso tendrás que descubrirlo tú.

La nave abandonó lentamente el puerto. Las aguas comenzaron a abrirse ante la proa. El viento se hizo más fuerte. Las velas crujieron. El mundo parecía extenderse en todas direcciones. Y por primera vez Simbad sintió que la aventura tenía el sonido de las olas. En el palacio, el sultán seguía escuchando.

—¿Y qué encontró? —preguntó.

Scheherazade levantó la vista.

—Paciencia, mi señor, es mi historia, pero ahora también es la vuestra.

El rey la observó. Aquella respuesta habría enfurecido a cualquier otro hombre. Sin embargo, algo en la voz de la joven le impedía interrumpirla.

—Continúa.

Ella sonrió. Y el mar regresó. Pasaron varios días de navegación. El cielo permanecía despejado. Los marineros cantaban mientras trabajaban. Hasta que una mañana apareció algo extraño. Una isla. Pequeña. Solitaria. Cubierta de vegetación.

—¡Tierra! —gritó alguien.

La tripulación celebró. Después de semanas de viaje, aquella visión parecía un regalo de Alá. Los hombres descendieron. Encendieron fuego. Prepararon comida. Descansaron sobre la arena. Entonces el anciano capitán palideció.

—No...

—¿Qué ocurre?

—Apagad el fuego.

—¿Por qué?

—Ahora mismo.

—Capitán...

—¡Corred!

La tierra comenzó a moverse. Primero lentamente. Luego con violencia. Los árboles se inclinaron. Las rocas temblaron. Y la isla abrió un ojo gigantesco. No era una isla. Era una criatura dormida. Un pez tan enorme que había sido confundido con una montaña. Los marineros gritaron. Las olas explotaron alrededor de ellos.

En el palacio, varios guardias dieron un paso hacia delante. Incluso ellos parecían atrapados por la historia. El sultán se incorporó.

—¿Sobrevivió?

Scheherazade guardó silencio.

—¿Sobrevivió? —repitió el rey.

Ella observó las estrellas a través del ventanal. La primera luz del amanecer comenzaba a teñir el horizonte.

—Esa, mi señor —dijo suavemente—, es una historia para la noche siguiente.

El silencio cayó sobre el salón. El sultán frunció el ceño.

—¿Termina ahí?

—Por ahora.

—¿Y el marinero?

—Sigue en el mar.

—¿Y el monstruo?

—También.

—No puedes detenerte ahora.

—Ya lo he hecho.

Las primeras luces del alba atravesaron las ventanas. El verdugo aguardó una orden. Pero el rey continuaba mirando a la narradora. Finalmente levantó una mano.

—Mañana terminarás la historia.

Scheherazade inclinó la cabeza.

—Como ordene mi señor.

Aquella mañana nadie murió. Y muy lejos de allí, siglos en el futuro, un compositor ruso comenzaba a escuchar el rumor de unas olas que algún día convertiría en música.



CUARTO UMBRAL

Donde un Príncipe Pierde Su Reino

Segunda Noche —¿Quién era ese músico?

Cuarto umbral

Donde un príncipe pierde su reino

Y cuando la luna volvió a elevarse sobre las cúpulas de Bagdad, Scheherazade fue conducida una vez más ante el sultán. La espada permanecía junto al trono y el verdugo aguardaba. Pero algo había cambiado durante aquella jornada. Por primera vez en mucho tiempo, el rey había pasado el día pensando en otras cosas que no fueran la muerte. Pensaba obsesivamente en una historia.

—¿Y quién más aparece en tu historia? —preguntó el sultán inclinándose ligeramente hacia adelante apenas la vio entrar.

Scheherazade sonrió. Aquella era exactamente la pregunta que esperaba escuchar.

—Un príncipe, mi señor.

—¿Hay más de uno?

—Siempre hay más de uno.

El rey suspiró.

—Empieza.

—Como ordene mi señor.

Y comenzó. La lluvia caía sobre los caminos del desierto. El hombre caminaba solo. Su túnica estaba rota. Sus sandalias cubiertas de polvo. Llevaba una barba descuidada y una vieja bolsa colgada al hombro. Nadie habría imaginado que alguna vez fue príncipe. Ni siquiera él estaba completamente seguro. Llegó a una posada junto a un cruce de caminos. Sobre la puerta podía leerse: "El Último Descanso Antes de Partir Hacia la Eternidad."

—Nombre —preguntó el posadero.

—Lo olvidé.

—Todo el mundo recuerda su nombre.

—Yo no.

—Entonces invente uno.

—¿Puedo hacerlo?

—Claro.

—Entonces hoy me llamaré Nadie.

—Perfecto. Pase.

Dentro encontró una mesa extraña. Sentados en círculo se encontraban un marinero, un ladrón, un astrónomo y un músico extranjero.

—¿Quién eres? —preguntó el ladrón.

—Nadie.

—Buen nombre.

—Gracias.

—Yo tampoco uso el mío.

El marinero levantó una copa.

—Yo conocí a un hombre llamado Simbad.

—¿De verdad existió?

—Depende de cuántas copas haya bebido uno.

El astrónomo observaba el cielo a través de una pequeña ventana.

—Mañana lloverá.

—Estamos en medio del desierto.

—Las estrellas dicen otra cosa.

El músico permanecía en silencio. Tenía un pequeño cuaderno lleno de símbolos extraños. Parecían dibujos, pero no lo eran. Eran notas musicales. Aunque ninguno de ellos podía saberlo.

—¿Y tú quién eres? —preguntó el príncipe.

El extranjero sonrió.

—Alguien que escucha historias.

—¿Para qué?

—Para no olvidarlas.

—¿Eres escriba?

—Algo parecido.

—¿Poeta?

—A veces.

—¿Músico?

El hombre dudó. Como si aquella palabra despertara algo muy antiguo.

—Sí.

—¿Y qué música tocas?

—Todavía no la he escrito.

El príncipe observó al extranjero.

—¿Cómo puede existir una música que aún no ha sido escrita?

El músico sonrió.

—Del mismo modo que existen historias que aún no han sido contadas.

El marinero levantó su copa.

—Entonces escucha la mía.

Todos volvieron la cabeza hacia él.

—¿Quién eres? —preguntó el príncipe.

—Algunos me llaman Simbad.

—¿El gran navegante?

—Depende de quién cuente la historia.

—¿Y qué encontraste en tus viajes?

Simbad permaneció unos instantes en silencio. Luego señaló la ventana. De pronto desaparecieron las paredes de la posada. El mar apareció ante ellos. Inmenso. Oscuro. Cubierto de estrellas. Barcos avanzando entre tormentas. Islas imposibles. Pájaros gigantes. Monstruos dormidos bajo las aguas. El músico observó cada imagen con atención.

—¿Lo ves? —preguntó Simbad.

—Sí.

—No es el mar.

—¿Entonces qué es?

—La aventura.

El extranjero asintió lentamente. Como si hubiera comprendido algo importante. Y escribió unas palabras en su cuaderno. Entonces intervino el astrónomo.

—Ahora mira hacia arriba.

El cielo desapareció. Miles de estrellas comenzaron a girar. Constelaciones. Cometas. Lunas. Palacios suspendidos en el firmamento.

—¿Qué es eso? —preguntó el músico.

—El destino.

—¿Puede verse?

—Solo cuando uno está perdido.

El extranjero volvió a escribir. El ladrón soltó una carcajada.

—Todos ustedes hablan de cosas demasiado grandes.

—¿Y tú de qué hablas? —preguntó el príncipe.

—De sobrevivir.

Sacó una pequeña joya de su bolsillo.

—La robé hace diez años.

—¿Y por qué sigues conservándola?

—Porque me recuerda quién fui.

—¿Y quién eras?

—Un príncipe.

Todos comenzaron a reír. Incluso el príncipe Kalánder.

—Parece que aquí cualquiera puede haber sido príncipe.

—Tal vez lo fuimos todos —respondió el ladrón.

El músico volvió a escribir. Una nueva página. Una nueva idea. Una nueva melodía. En ese momento se abrió la puerta. Una pareja entró en silencio. Un joven y una muchacha. No parecían notar a los demás. Caminaban como si existieran en otro tiempo. Como si el mundo entero hubiera desaparecido.

—¿Quiénes son? —preguntó el príncipe.

El anciano posadero sonrió.

—Todavía no lo saben.

—¿Qué significa eso?

—Que aún no se han enamorado.

Los jóvenes se sentaron junto a una ventana. Hablaron durante horas en voz baja. Como si cada palabra fuera un secreto. El músico no escuchó lo que decían. No era necesario. Bastaba con observarlos. Entonces escribió algo más. Aquella página sería diferente. Más suave. Más luminosa. Más humana. Quizá la más hermosa de todas.

—¿Y qué hay de Bagdad? —preguntó el príncipe.

El posadero señaló la puerta. La abrió. Y apareció una ciudad. Miles de lámparas. Mercados, músicos, bailarines, mercaderes, poetas, acróbatas, niños, campanas, caravanas y barcos. El ruido parecía llenar el universo.

—Eso no es una ciudad —susurró el músico.

—No.

—¿Entonces qué es?

—La vida.

El extranjero cerró lentamente el cuaderno. Ya casi estaba completo. Solo faltaba una cosa. La más importante.

—¿Y quién me contará la última historia?

Todos guardaron silencio. Entonces una voz respondió desde algún lugar de la noche.

—Yo.

El músico levantó la cabeza. Y la vio. Scheherazade permanecía junto a una ventana abierta. La luna iluminaba su rostro.

—¿Qué historia traes tú? —preguntó él.

Ella sonrió.

—No traigo una historia.

—¿No?

—Traigo la voz que las une a todas.

El extranjero la observó durante un largo instante. Como si acabara de encontrar aquello que llevaba buscando toda la vida. Entonces tomó la pluma. Abrió la última página del cuaderno. Y escribió la primera nota. La nota de una voz que, siglos después, hablaría a través de un violín.



QUINTO UMBRAL

Donde Florecen los Jardines de la Luna

Tercera Noche — ¿Qué ocurrió con el príncipe?

Quinto umbral

Donde florecen los jardines de la luna

Cuando la luna volvió a elevarse sobre las torres del palacio, Scheherazade regresó ante el sultán. Los guardias ocuparon sus lugares. Las lámparas fueron encendidas. La espada permanecía junto al trono. Pero aquella noche el rey ni siquiera la miró.

—¿Y el músico? —preguntó.

Scheherazade levantó una ceja.

—¿Qué músico?

—El extranjero.

—¿Pensaste en él durante todo el día?

El sultán se acomodó en el trono.

—Quizá.

Por primera vez ella sonrió sin temor.

—Entonces la historia está funcionando.

—No te acostumbres.

—Jamás me atrevería.

—Continúa.

Scheherazade inclinó la cabeza.

—Como ordene mi señor.

Y comenzó.

**

El extranjero despertó al amanecer. La posada había desaparecido. El astrónomo, el ladrón, Simbad. Todos se habían marchado y solo permanecía el anciano posadero. Barriendo lentamente el suelo.

—¿Dónde están?

—Siguiendo sus historias.

—¿Y la mía?

—Todavía no termina.

—¿Y ahora qué debo hacer?

El anciano señaló un sendero.

—Caminar.

—¿Hacia dónde?

—Hacia donde florecen los jardines de la luna.

—Eso no parece una dirección.

—Las mejores nunca lo son.

El camino atravesó colinas, arroyos y pequeños pueblos. Al caer la tarde apareció un jardín. Era diferente a cualquier otro. Fuentes de mármol, rosales, jazmines, naranjos y pabellones cubiertos de seda. Y el perfume de miles de flores mezclándose con el viento. El extranjero avanzó lentamente. Entonces escuchó una risa. Luego otra. Y otra más. Hasta que los vio.

Un joven y una muchacha caminaban junto a una fuente. No parecían príncipes. No llevaban coronas. No estaban rodeados de sirvientes. Solo hablaban, como hablan dos personas que han olvidado el resto del mundo.

—Llegas tarde —dijo la joven.

—He recorrido medio reino para verte.

—Eso dicen todos los poetas.

—Yo no soy poeta.

—Entonces has recorrido medio reino para nada.

El muchacho soltó una carcajada. Ella también. El extranjero se sentó bajo un árbol. Sacó su cuaderno. Y comenzó a observar.

—¿Por qué siempre sonríes? —preguntó el príncipe.

—Porque tú siempre haces preguntas absurdas —contestó la muchacha.

—Esta es importante.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

Ella terminó cediendo.

—Está bien. ¿Por qué sonrío?

—Sí.

La joven miró el cielo.

—Porque todo termina.

El príncipe la observó sorprendido.

—Esa es una razón bastante triste.

—Precisamente por eso.

—No entiendo.

—Si todo fuera eterno, nada tendría valor.

—Yo tendría valor.

—Solo porque eres muy terco.

—Y muy apuesto.

—Eso lo dices tú.

—Y mi caballo.

—Tu caballo es igual de terco.

Los dos comenzaron a reír. El extranjero tomó nota. No de las palabras, sino de algo más difícil. De aquello que ocurría entre ellas. La tarde se convirtió en noche. Los músicos del jardín comenzaron a tocar. Una flauta. Un laúd. Un tambor suave. Las fuentes parecían acompañarlos. La luna apareció sobre los árboles. Y el mundo entero pareció volverse más lento.

—¿Alguna vez has tenido miedo? —preguntó la joven.

—Muchas veces.

—¿De qué?

—De perder batallas.

—Eso no cuenta.

—¿Por qué?

—Porque los hombres siempre hablan de guerras.

—¿Y vosotras?

Ella permaneció pensativa.

—Nosotras tememos otras cosas.

—¿Como cuáles?

—Tememos ser olvidadas.

El príncipe guardó silencio.

—Yo nunca te olvidaré.

La joven sonrió.

—Todos dicen eso.

—Yo lo digo en serio.

—Precisamente por eso me preocupa.

El extranjero dejó de escribir. Algo en aquellas palabras le produjo una extraña tristeza. Como si pertenecieran a alguien que todavía no había conocido. Como si fueran un recuerdo llegado desde el futuro. Entonces comprendió que no estaba escuchando una historia de amor. Estaba escuchando aquello que hace posible todas las historias. La necesidad de ser recordados.



Muy lejos de allí, en el palacio, el sultán permanecía inmóvil. Scheherazade continuaba narrando. Pero ya no necesitaba esforzarse. El rey escuchaba. De verdad escuchaba. Por primera vez desde hacía años no pensaba en traiciones. No pensaba en castigos. No pensaba en ejecuciones. Pensaba en un jardín. En una fuente. En una muchacha que temía ser olvidada. Y en un príncipe que prometía recordarla.

Cuando Scheherazade hizo una pausa, el silencio llenó el salón.

—¿Y después? —preguntó el rey.

Ella levantó la mirada. Había algo diferente en sus ojos. Algo que no estaba allí la primera noche.

—Después llegó Bagdad. Y con ella llegaron las demás historias.



SEXTO UMBRAL

Donde Bagdad se Llena de Música

Cuarta Noche — ¿Llegaron a Bagdad?

Sexto umbral

Donde Bagdad se llena de música

Aquella noche el sultán llegó antes que Scheherazade. Los sirvientes lo notaron. Los guardias también. Nunca antes había ocurrido. El rey permanecía sentado en el trono observando las lámparas del salón como si estuviera esperando algo. Cuando la joven apareció, Shahriar habló antes incluso de que ella inclinara la cabeza.

—¿Llegó a Bagdad?

Scheherazade sonrió.

—¿Quién?

—El músico. ¿Y el príncipe?

—Llegaron.

—¿Y los enamorados?

—También.

—¿Y Simbad?

—También.

El rey negó con la cabeza.

—Tus historias se están mezclando.

—Las historias siempre se mezclan, mi señor.

—Entonces continúa.

—Como ordene.

Y comenzó.

**

El extranjero escuchó la ciudad antes de verla. Primero llegaron las campanas. Luego las voces. Después la música. Finalmente, el rugido. No era el rugido de una bestia. Ni de una tormenta. Era el rugido de una ciudad viva. Bagdad. La Ciudad de la Paz. El corazón del mundo. Desde una colina contempló aquel océano de cúpulas doradas, minaretes, mercados, jardines y puertos.

Miles de personas avanzaban por las calles. Miles más llegaban desde los caminos. Caravanas. Barcos. Mercaderes. Embajadores. Poetas. Ladrones. Mendigos. Astrónomos. Acróbatas. La ciudad parecía contener todas las historias de la Tierra.

—Llegas justo a tiempo.

El extranjero se volvió. Era el anciano posadero.

—¿Tiempo para qué?

—Para el festival.

—¿Y qué se celebra?

El viejo sonrió.

—La vida.



Al cruzar las puertas de Bagdad el ruido se volvió ensordecedor. Un vendedor de alfombras gritaba:

—¡Las más suaves de Oriente!

A pocos metros otro respondía:

—¡Mentira! ¡Las mías son tan suaves que hasta los sultanes duermen sobre ellas!

—¡Porque se quedan dormidos escuchando tus precios!

Las carcajadas estallaron. Más adelante otros dos mercaderes discutían.

—¡Este caballo es el más rápido del reino!

—¿Y por qué lo vendes?

—Porque corre demasiado y me está dejando sin aliento.

—¿Y cómo logras alcanzarlo para venderlo?

—Eso es asunto mío.

Y en la plaza mayor, bajo una hilera de lámparas de cobre que comenzaban a encenderse con la llegada de la noche, un anciano vendedor de relojes de arena ofrecía su mercancía. No gritaba como los demás comerciantes ni intentaba atraer clientes con promesas exageradas. Permanecía sentado detrás de una pequeña mesa de madera, observando el ir y venir de la multitud con una tranquilidad que parecía ajena al bullicio del mercado. Delante de él

descansaban docenas de relojes de arena. Algunos eran tan pequeños que cabían en la palma de una mano; otros, altos y elegantes, parecían capaces de medir una vida entera.

El músico se detuvo frente al puesto.

—¿Qué vendes?

—Tiempo.

—Eso no puede venderse.

—Claro que sí.

—¿Y cuánto cuesta?

El anciano sonrió.

—Depende.

—¿De qué?

—De cuánto de este te quede.

El extranjero observó los relojes durante unos segundos.

—¿Y cómo sabes cuánto me queda?

—No lo sé.

—Entonces, ¿cómo fijas el precio?

—Ese es el problema de mis clientes.

El músico soltó una carcajada. El anciano volvió a guardar cuidadosamente uno de los relojes.

—Además, los hombres siempre creen que tienen más del que realmente poseen.

El extranjero continuó su camino. Los músicos ocupaban cada esquina. Flautas, laúdes, tambores, panderos, arpas y voces llenaban el aire. Las melodías entraban y salían unas de otras como corrientes invisibles que recorrían toda la ciudad. Parecía que Bagdad entera hubiera decidido convertirse en una gigantesca orquesta.

El extranjero caminaba lentamente, escuchando, memorizando y absorbiendo cada sonido, cada discusión, cada carcajada y cada historia que flotaba entre las calles. Entonces un niño tiró suavemente de su túnica.

—Señor.

—¿Sí?

—¿Es usted músico?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque escucha más de lo que habla.

El extranjero sonrió.

—Y tú, ¿qué haces?

—Yo vendo historias.

—¿Historias?

—Las mejores de Bagdad.

—¿Y cuánto cuestan?

El niño señaló con la cabeza al anciano de los relojes de arena.

—Lo mismo que su tiempo.

—¿Y cuánto es eso?

—Depende.

—¿De qué?

—De cuánto le quede antes de partir.

El músico volvió la mirada hacia el anciano. El anciano miró al niño. Ambos sonrieron como viejos socios que llevaban toda una vida dedicados al mismo oficio.

—¿Y son buenas historias? —preguntó el extranjero.

—Algunas duran una tarde.

—¿Y las mejores?

El niño sonrió con orgullo.

—Las mejores duran siglos —respondió el niño.

El músico permaneció inmóvil durante unos segundos. Después abrió lentamente su cuaderno. Observó las calles de Bagdad, las lámparas, los comerciantes, los músicos y la multitud que avanzaba como un río interminable bajo las estrellas. Entonces escribió una sola palabra: "Inmortalidad." Un grupo de derviches giraba sobre sí mismo. Las túnicas blancas parecían alas. Los

cuerpos giraban. Giraban. Giraban. Hasta que resultaba imposible distinguir dónde terminaba el hombre y comenzaba la música.

El extranjero permaneció fascinado.

—¿Qué buscan? —preguntó.

Un anciano respondió:

—Olvidarse de sí mismos.

—¿Y lo consiguen?

—A veces.

—¿Y qué encuentran?

—Algo más grande que su propia mortalidad.

El extranjero escribió varias líneas en su cuaderno. Al llegar a la plaza principal encontró a viejos conocidos. Simbad. El príncipe Kalánder. El ladrón. El astrónomo. Y los jóvenes enamorados. Todos parecían haber llegado al mismo lugar. Como si Bagdad los hubiera convocado.

—¡Músico! —gritó Simbad levantando una copa.

—Pensé que estabas navegando.

—Lo estaba.

—¿Y cómo llegaste aquí?

—Las historias nunca preguntan esas cosas.

El ladrón apareció detrás.

—Ni los ladrones.

—¿Has robado algo?

—Varias cosas.

—¿Qué?

—Tiempo.

—¿Cómo se roba el tiempo?

—Haciendo esperar a las personas.

La noche caía. Y entonces comenzó el verdadero festival. Miles de lámparas fueron encendidas. Los tejados brillaron. Las fuentes reflejaron la luna. Los barcos del río se cubrieron de luces.

La ciudad parecía flotar entre las estrellas. La música surgía de todas partes. Un tambor respondía a otro. Una flauta perseguía a otra. Las voces se cruzaban. Las risas se multiplicaban. Los pasos de los bailarines golpeaban el suelo. Los comerciantes discutían. Los niños corrían. Los poetas improvisaban versos. Todo ocurría al mismo tiempo. Como si la ciudad hubiera olvidado la palabra silencio.

El extranjero cerró los ojos. Y entonces ocurrió. Todo comenzó a mezclarse. El mar de Simbad. Las estrellas del astrónomo. El camino del príncipe Kalánder. Los jardines de los enamorados. Las voces de los mercaderes. Las danzas. Las campanas. Las risas. Los tambores. Las luces. Bagdad. Todo giró alrededor de él. Como una tormenta. Como una celebración. Como un poema sinfónico.

—¿Qué escuchas? —preguntó Scheherazade.

La voz surgió detrás de él. El extranjero se volvió. Ella estaba allí. Más luminosa que la luna. Más real que el sueño.

—Escucho una ciudad.

—No.

—Entonces escucho mil historias.

—Tampoco.

—¿Qué escucho entonces?

Scheherazade sonrió.

—Escuchas cómo suena el mundo cuando está vivo.

El extranjero contempló la multitud. Miles de personas. Miles de destinos. Miles de voces. Y comprendió. Tomó la pluma. Abrió una nueva página. Y comenzó a escribir frenéticamente. Como si temiera olvidar aquello. Como si supiera que siglos después necesitaría recordarlo todo.

*
**

En el palacio, el sultán permanecía inmóvil. La historia había terminado. Pero aún escuchaba las campanas. Los tambores. Las risas. Los mercados. Bagdad. Todo seguía resonando en su imaginación.

—¿Y después? —preguntó en voz baja.

Scheherazade observó el amanecer acercándose. Por primera vez no vio a un rey. Vio a un hombre.

—Después llegó la tormenta. Y el mar volvió a reclamar a Simbad.

El sultán sonrió.

—Entonces mañana volverás a contarla.

—Si mi señor así lo desea.

—Lo deseo.

Y por cuarta vez consecutiva, el alba encontró a Scheherazade con vida.



SÉPTIMO UMBRAL

Donde un Violín Aprende a Hablar

Milésima Primera Noche —¿Y ahora?

Séptimo umbral

Donde un violín aprende a hablar

Y aconteció que, después de mil y una noches, el sultán ya no esperaba una historia. Esperaba a quien la contaba.



Aquella misma noche, a miles de kilómetros de allí y varios siglos en el futuro, una orquesta afinaba sus instrumentos en una ciudad que aguardaba el invierno. Ninguno de los presentes podía saberlo. Pero la misma historia estaba a punto de comenzar de nuevo en San Petersburgo ese otoño de 1888.

La nieve aún no había llegado. Pero el frío comenzaba a instalarse en las calles. Carruajes avanzaban lentamente sobre los adoquines. Damas envueltas en abrigos descendían frente al teatro. Caballeros intercambiaban saludos. Los músicos afinaban sus instrumentos. Nikolái Rimski-Kórsakov se preparaba para dirigir el estreno. Pero su imaginación lo situó en uno de los palcos, oculto entre las sombras, observando la sala.

Durante meses había escuchado voces. Había recorrido mares que jamás navegó. Había atravesado desiertos que nunca pisó. Había conversado con príncipes que jamás existieron. Y sin embargo... Todo aquello parecía más real que las paredes del teatro.

—¿Está nervioso? —preguntó uno de los músicos.

Nikolái sonrió.

—Mucho.

—Eso es buena señal.

—¿Por qué?

—Porque las obras terminadas ya no pertenecen a quien las escribe.

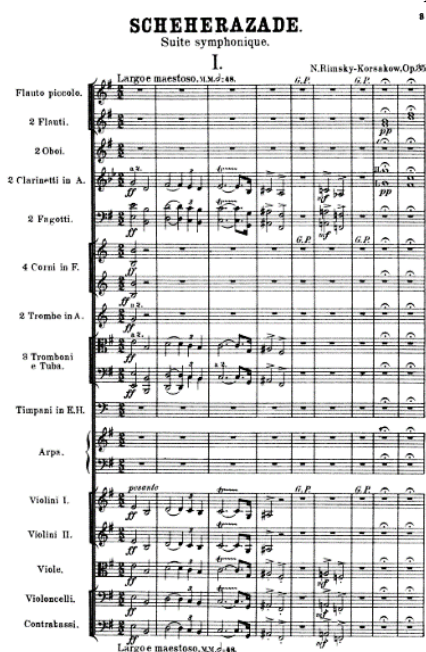
El compositor observó la sala.

—¿Y a quién pertenecen?

—A quienes las escuchan.

Nadie en el teatro podía saberlo. Pero aquella noche no iban a escuchar únicamente una nueva composición. Iban a escuchar más de mil años de memoria. Las luces comenzaron a apagarse. Las conversaciones se extinguieron. El director apareció. La multitud aplaudió. Luego llegó el silencio. Ese silencio único que existe un instante antes de que nazca la música.

SCHEHERAZADE.
Suite symphonique.
I.
Largo maestoso, 4/4. N. Rimsky-Korsakov, Op. 35.



El director levantó la batuta... y entonces el milagro ocurrió. Primero resonó el poderoso tema del sultán. Desde algún lugar lejano emergió una voz. No una voz humana. No una voz visible. Un violín. Una sola cuerda. Una sola melodía. Una sola historia. Nikolái cerró los ojos.

Y entonces apareció en su imaginación la única persona de aquella sala que ya conocía el final de la historia. Reconoció inmediatamente a quién pertenecía aquella voz. Scheherazade. Cuando volvió a abrirlos, no estaba solo. Al principio creyó que era una ilusión. Pero allí estaba. Sentada en la última fila. Observando el escenario... Scheherazade.

Vestida con los colores de Oriente e iluminada por una luna que nadie más parecía ver. La narradora sonrió. Como si hubiera esperado siglos en la

penumbra para escuchar aquella historia musical. Luego apareció Simbad ocupando una butaca cercana. Traía ese olor a sal y tormenta. A horizontes imposibles.

—No está mal —dijo observando la orquesta.

—¿Qué cosa? —preguntó el músico.

—Mi mar.

Del otro lado surgió el príncipe Kalánder.

—Siempre imaginé que mi historia sonaría más heroica.

Simbad soltó una carcajada.

—Y yo siempre imaginé que tendrías menos quejas.

—Los príncipes tenemos reputación que mantener.

Los enamorados llegaron poco después. La joven princesa tomó asiento. El príncipe permaneció a su lado. Escucharon sin hablar. Como habían hecho siempre. Como hacen quienes ya no necesitan palabras. Detrás de ellos aparecieron mercaderes. Acróbatas. Astrónomos. Ladrones. Derviches. Marineros. Niños. Poetas. Toda Bagdad parecía llenar lentamente el teatro. Miles de historias. Miles de vidas. Miles de sueños. Ninguna visible para el público.

Pero todas presentes. La música continuó creciendo. El mar regresó. Las aventuras volvieron a desplegarse. Los jardines florecieron una vez más. Bagdad volvió a iluminarse. Los temas musicales se perseguían unos a otros como viejos amigos que se reencuentran después de muchos años. Y Nikolái comprendió algo. Aquellas historias nunca le habían pertenecido. Él solo había sido un puente.

La obra avanzó hacia el final. Los metales rugieron. Las cuerdas se elevaron. La percusión estalló. El mar se agitó. Las olas golpearon los arrecifes. La nave de Simbad pareció desaparecer entre la tormenta. Y durante unos segundos toda la sala contuvo la respiración. Entonces apareció de nuevo el violín. Solo. Sereno. Luminoso. Como una lámpara encendida en medio de la noche.

La voz de Scheherazade. La misma voz que una vez desafió a la espada. La misma voz que había atravesado siglos. La misma voz que ahora hablaba sin palabras. En el silencio que siguió a la última nota, el tiempo pareció detenerse.

Nadie se movió. Nadie respiró. Nadie quiso regresar todavía al mundo real. Y fue entonces cuando Nikolái volvió la mirada hacia la última fila. Estaba vacía. Simbad había desaparecido. El Kalánder también. Los amantes. Los mercaderes. Los poetas. Bagdad. Todos se habían ido. Solo permanecía Scheherazade. De pie junto a una puerta invisible. Observándolo.

—¿Ha terminado? —preguntó él.

Ella sonrió con aquella sonrisa que había derrotado a un rey y preguntó:

—¿He terminado?

Scheherazade sonrió.

—Las historias nunca terminan...

Y luego: Desapareció.

*
**

La sala estalló en aplausos. Los músicos se levantaron. El director saludó. La multitud celebró. Pero Nikolái apenas escuchaba. Porque entre el ruido de los aplausos creyó percibir algo más. Muy lejano. Muy antiguo. La voz de una mujer comenzando una nueva historia. Y comprendió que, mientras exista alguien dispuesto a escuchar... Scheherazade seguirá viva una noche más.

FIN



EPÍLOGO

La Milésima Primera Noche



Epílogo

La milésima primera noche

Y aconteció que, después de mil y una noches, el sultán ya no esperaba una historia. Esperaba a quien la contaba. La luna descendía lentamente sobre los jardines del palacio. Las fuentes continuaban cantando. El amanecer se aproximaba. Y, sin embargo, algo era diferente. Aquella noche el tiempo parecía haberse detenido. Scheherazade permanecía en silencio. Por primera vez no tenía nada que añadir.

Las historias habían concluido. Al menos aquellas historias. Entonces ocurrió algo extraño. Los muros del palacio comenzaron a disolverse. Las columnas. Los jardines. Las lámparas. Todo se volvió transparente. Como si el mundo entero estuviera hecho de humo y memoria. Y uno a uno —desde la penumbra— comenzaron a aparecer. Simbad llegó desde el horizonte. Traía en la ropa la sal de todos los mares.

El príncipe Kalánder emergió de los caminos del desierto. Los enamorados caminaron entre los rosales iluminados por la luna. Los mercaderes llegaron cargados de perfumes, sedas y especias. Los astrónomos descendieron acompañados por constelaciones imposibles. Los músicos aparecieron llevando laúdes, flautas, tambores y arpas.

Detrás de ellos surgió Bagdad. No la ciudad. Su alma. Miles de ventanas encendidas. Miles de voces. Miles de vidas. Todo aquello que las historias habían salvado del olvido. Entonces apareció un anciano. Vestía ropas sencillas. Llevaba una pluma en una mano y un pergamino en la otra. Nadie conocía su nombre. Nadie recordaba su rostro. Y, sin embargo, todos lo reconocieron.

Era el Escriba. El primero. Aquel que un día decidió que una historia merecía sobrevivir. El hombre que comprendió antes que nadie que las historias no buscan ser contadas; solo buscan sobrevivir al olvido. El anciano sonrió. Y detrás de él aparecieron otros. Copistas. Narradores. Poetas. Traductores. Bibliotecarios. Hombres y mujeres que durante siglos habían protegido aquellas palabras para que no desaparecieran.

La multitud siguió creciendo. Hasta que una nueva figura atravesó la niebla. Un hombre de ojos claros. Un cuaderno bajo el brazo. Nikolái Rimski-

Kórsakov. Observó a Scheherazade. Ella observó al compositor. Ninguno dijo nada. No hacía falta. Los dos sabían que pertenecían a la misma historia.

Una la había contado. El otro la había convertido en música. Y después de la Milésima Primera Noche llegaron otras. Llegó la Milésima Segunda. La Milésima Tercera. La Milésima Cuarta. Después llegaron cientos. Miles. Decenas de miles. Las ciudades cambiaron. Los reinos desaparecieron. Los palacios se convirtieron en ruinas. Los escribas envejecieron. Los imperios nacieron y murieron. Y aun así las historias continuaron viajando.

Pasaron casi cuatrocientas mil noches. Hasta que una tarde de invierno, en una ciudad cubierta por la nieve llamada San Petersburgo, un compositor escuchó nuevamente aquella voz. Entonces aparecieron los músicos. Violines. Violas. Violonchelos. Contrabajos. Flautas. Oboes. Clarinetes. Fagotes. Trompas. Trompetas. Timbales. Un océano de instrumentos llenó la noche. Y cuando el primer violín elevó el arco, la voz de Scheherazade volvió a escucharse.

No hablaba. Cantaba. Porque las grandes historias siempre nacen igual: alguien escucha más de lo que habla. Entonces ocurrió el último milagro. Las fronteras desaparecieron. El antiguo escriba. El compositor. Los músicos. Los narradores. Los lectores. Los oyentes. Todos formaban parte de la misma cadena.

La misma historia. La misma llama. La misma voz atravesando los siglos. Y Scheherazade comprendió finalmente que jamás había estado sola. Porque cada vez que alguien cuenta una historia, alguien está atento para escribirla. Cada vez que alguien la escribe, otro la lee. Y cada vez que alguien la lee, vuelve a nacer. Aquella fue la Milésima Primera Noche.

En el calendario imaginario de este relato, el estreno de Rimski-Kórsakov fue la noche trescientas noventa y siete mil doscientas cuarenta y ocho. Esta, la noche en que lees o escuchas esta historia, es una más.



El amanecer llegó. Las estrellas comenzaron a apagarse. Las figuras se desvanecieron lentamente. Bagdad desapareció. La orquesta desapareció. El escriba desapareció. La música desapareció. Solo quedaron dos personas. Un rey. Y una narradora. El sultán no dormía. Miraba a Scheherazade. Ella había terminado la última historia. Llegó el amanecer. Pero nadie vino a ejecutarla.

—¿Y ahora? —preguntó Scheherazade sin apartar la vista del amanecer.

El rey permaneció en silencio unos segundos. Luego sonrió.

—Ahora cuéntame otra.

Scheherazade observó el horizonte.

—Ya no quedan historias.

El sultán negó suavemente con la cabeza.

—Entonces vivámoslas.

Y mientras el sol nacía sobre el reino, una nueva historia comenzó. Y cada vez que alguien abre un libro, escucha un cuento o, en algún lugar del mundo, escucha un violín... vuelve a recordar y pronunciar el nombre de Scheherazade.

FIN



Gracias por haber cruzado este umbral

Si deseas ayudar a que nuevos relatos
sigan naciendo,
puedes apoyar este proyecto aquí.

Haz clic aquí para apoyar este proyecto >

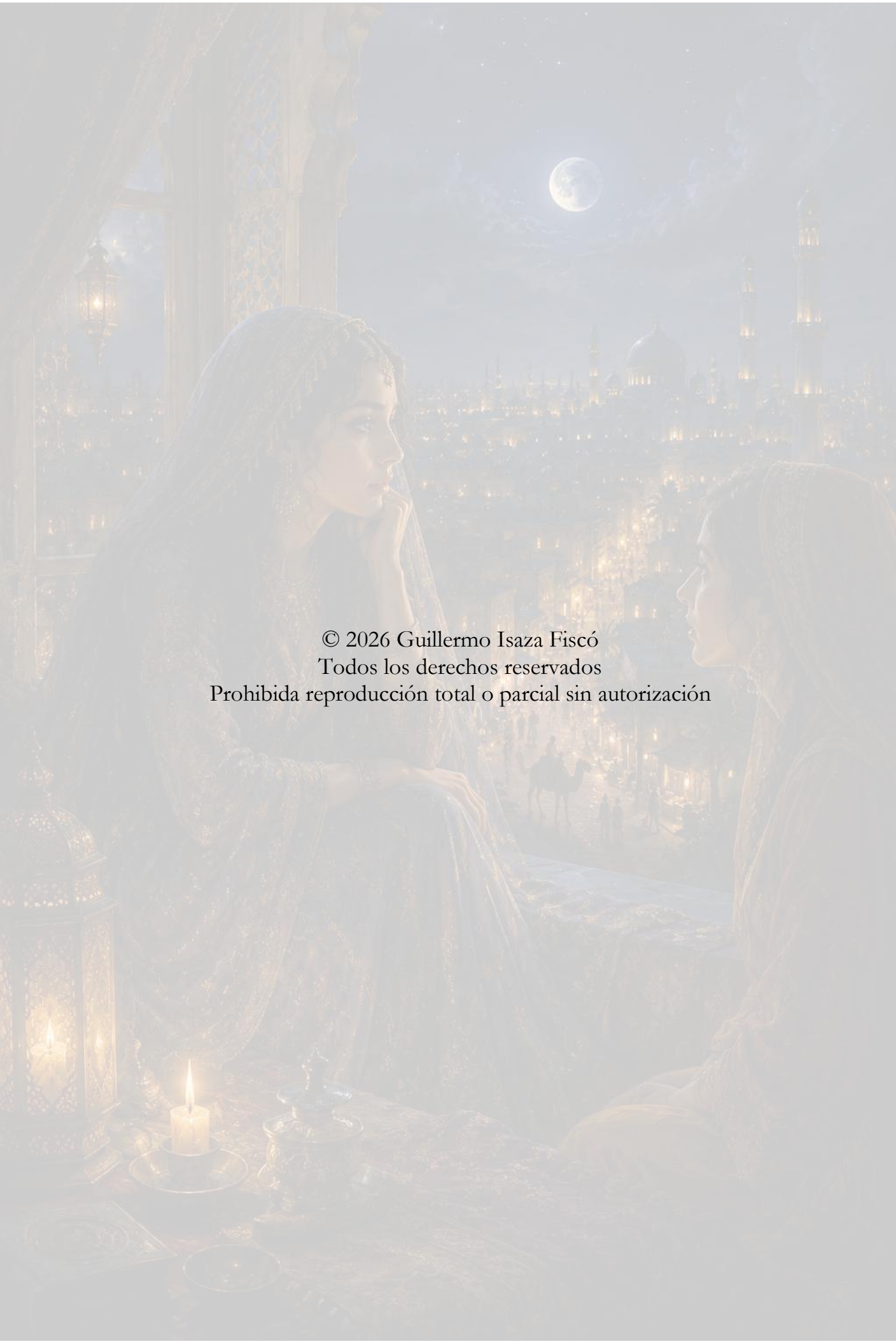
Gracias por leer, escuchar
y acompañar este proyecto.

SCHEHERAZADE

Cuando un Reino Comenzó a Soñar







© 2026 Guillermo Isaza Fiscó
Todos los derechos reservados
Prohibida reproducción total o parcial sin autorización